



Núm. 37. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 9 DE SETIEMBRE DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, AÑO IV. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



nerin Garibaldi se apodera de Nápoles. á donde se acerca precedido de la insurreccion general y de la desercion de las tropas reales, la prensa extranjera y española, dando ya por hecho consumado la mas que probable entrada del caudillo revolucionario en la capital de las Dos Sicilias, se entretiene

en discurrir el partido que tomará despues del destronamiento de Francisco II y de la consiguiente anexion de sus Estados al Piamonte. Todos convienen en que no se detendrá en Nápoles y continuará la obra comenzada para obtener la emancipacion y la unidad de Italia; pero se duda si se dirigirá primero á los Estados Pontificios y luego á los dominios austriacos del Lombardo-Veneto, ó si por el contrario serán estos los atacados en primer lugar y despues aquellos.

Hay una razon para creer que Garibaldi atacará á las tropas del general Lamoriciere antes de dirigirse contra Venecia, y es que para llevar todas sus fuerzas á un gigantesco combate contra el gigante austriaco necesita tener aseguradas sus espaldas. Lamoriciere y sus tropas podrían ocasionarle serias dificultades en el Mediodía mientras él estuviera ocupado en el Norte, al paso que quitado ese obstáculo, nada puede distraer ya su atencion en la última y formidable lucha por la unidad y libertad de Italia. Por otra parte, necesita utilizar contra Austria todos los recursos, y es evidente que mas recursos tendrá contando con los Estados Romanos que teniéndolos ocupados por tropas enemigas.

Pero aquí se presenta otra dificultad que ha servido y está sirviendo de tema á las discusiones de la prensa. ¿Será el pensamiento de Garibaldi apoderarse de todos los Estados Pontificios, inclusa la misma Roma; ó como se decia en el célebre folleto el *Papa y el Congreso*, dejará á Su Santidad la capital, defendida hoy por el ejército de Napoleon? En el primer caso, sería de creer que se

comprometiese la suerte de lo ganado hasta hoy en favor de la causa de la unidad. En el segundo parece que quedaria subsistente el principio de no intervencion establecido por Inglaterra y Francia y reconocido de buen ó mal grado por Austria.

En general la prensa teme que de cualquier modo que la cuestion se plantee, venga á alterarse profundamente la paz de Europa porque atacada la ciudad de Roma, es posible que Napoleon no reconozca por mas tiempo el principio de no intervencion; y respetada Roma, pero atacada luego Venecia, es tambien posible que la Alemania crea necesaria para la seguridad de la confederacion germánica la conservacion de la línea del Mincio. Sin embargo esperamos que ha de encontrarse algun medio para alejar los peligros que se recelan; y este medio podría ser ofrecer compensaciones en la Turquía por las pérdidas del Veneto que debería cederse para evitar la efusion de sangre.

Segun los últimos partes recibidos de Nápoles, la anarquía iba en aquella ciudad en aumento: el ministerio habia presentado su dimision, pero la habia retirado despues por no haberse hallado personas que quisieran reemplazarlo. Muchos oficiales y jefes del ejército real presentaban sus dimisiones para ingresar en las filas de Garibaldi ó para retirarse al extranjero: las provincias se insurreccionaban y hasta Salerno, á ocho leguas de Nápoles se dice que está ya en poder de la revolucion.

Lo que prueba el estado en que todo el país se encuentra, es que desde la toma de Palermo Garibaldi y los suyos han anunciado con grande anticipacion el dia en que comenzarían sus ataques, y los acontecimientos han venido á demostrar que no habian errado en sus cálculos. Hoy se anuncia que el 8 de setiembre pensaba Garibaldi tomar posesion de la capital.

Como habíamos presumido van nuevas fuerzas francesas á Siria. Con el pretexto de cubrir las bajas que resulten, se han embarcado ya ochocientos hombres para aquel país, ademas de la expedicion de seis mil que acaban de llegar. Insistimos en creer que esta fuerza no es suficiente para dominar los acontecimientos. La animosidad entre cristianos y musulmanes es cada dia mayor; en la Herzegovina se han repetido los asesinatos de Siria y se teme que se reproduzcan en otros países de la Turquía.

Tambien la guerra y la desolacion cunden en el centro del Asia. El emperador de la China se ve atacado á un tiempo por una grande insurreccion que se ha apoderado de Nanking y se aproxima á Shangay y por la expedicion anglo-francesa que se empeña en penetrar en el Pei-ho,

rio caudaloso que se interna en el imperio hasta cerca de la capital Pe-king. Los aliados tienen que habérselas tambien con dos fuerzas enemigas, la de los insurgentes y las tropas regulares mandadas por el general tártaro que el año pasado les causó tan grandes pérdidas en la misma embocadura del rio. De aquí la paralización que hasta ahora han sufrido las operaciones, y las dilaciones que se dan por los aliados al asunto con la esperanza de una negociacion honrosa. Entre tanto se han apoderado de la isla de Chusan, muy codiciada por los ingleses que de buena gana la habrían cambiado por Hong-Kong y que aprovecharán la primera oportunidad de quedarse con ella.

Siguen nuestras tropas de ocupacion sin novedad en Tetuan y en el Serrallo, y siguen los marroquíes aunque lentamente entregando el dinero de la indemnizacion. Nos dicen de Tánger que el importe del segundo plazo se halla ya dispuesto: pero nada se habla de los otros dos, porque se cree que por lo menos se dará alguna próroga para que el sultan pueda allegar fondos. El miércoles hizo su presentacion oficial en palacio la embajada marroquí. «Desde las dos de la tarde, dice un cronista semi-oficial, veíanse á la puerta del palacio de Buena Vista los coches de la real casa dispuestos para conducir á los embajadores.»

A las tres y media empezó á ponerse en movimiento la comitiva. El orden de la procesion segun el indicado cronista era el siguiente:

Abria la marcha un piquete de coraceros.

Seguian tres carruajes conduciendo los presentes que hace á S. M. la reina el emperador de Marruecos.

Despues iban los cuatro caballos que el mismo emperador regala á S. M., que eran dos castaños, uno perlino oscuro y otro bayo. Las mantas que cubrian los caballos eran encarnadas, sin adorno alguno: las cadenas de las cabezadas eran de plata.

Un coche de respeto de la real casa.

Otros tres con la comitiva de los embajadores.

Otro magnífico carruaje con los dos primeros embajadores, á quienes acompañaba el introductor. A la izquierda iba un caballero de S. M., y á la derecha el oficial de la escolta.

Esta lucida comitiva, seguida de la escolta, marchó por la calle de Alcalá, Puerta del Sol, calle Mayor, calle de la Almudena, y entró por el Arco de la Armería en la Plaza de Armas de Palacio, siendo recibida por la guardia exterior formada en orden de parada.

Llegado que hubieron los coches á la puerta, se detu-

vieron todos menos el que conducía á los dos embajadores, el cual penetró en el edificio, y se detuvo al pié de la escalera principal. Apéaronse entonces los graves personajes que conducía, á quienes recibió un *saguanete* de guardias alabarderos con la música de su cuerpo; y subiendo la escalera fueron conducidos á la sala del Trono.

En ella les dejaremos para proseguir la relacion, tal como la da el cronista semi-oficial, que presencié sin duda la ceremonia.

«A la derecha del trono, dice, estaban los ministros y á la izquierda las damas de palacio.

»Acto continuo, entró S. M. la reina, acompañada del rey de sus augustos hijos, de sus hermanos los señores infantes duques de Montpensier, y seguida por la servidumbre.

»S. M. la reina se colocó en el trono, teniendo á su izquierda al rey. Despues seguian el príncipe de Asturias y los demás hijos de S. M.: la duquesa y el duque de Montpensier con todos sus hijos, y por último el infante don Sebastian.

»Detrás las damas de honor de la reina.

»Al lado derecho del trono estaban los ministros y grandes de España, y delante de ellos el señor ministro de Estado.

»Frente al trono la oficialidad de alabarderos y los mayordomos de semana. En el fondo del salon, en direccion á la cámara, las autoridades de Madrid y altos dignatarios de palacio.

»Entraron los señores embajadores acompañados del introductor de embajadores y del intérprete, y detrás de ellos el intérprete de aquellos, el señor Diosdado y un oficial de marina.

»El introductor de embajadores, al entrar en el salon, dijo: «Señora, los enviados del emperador de Marruecos.»

»Los embajadores, entrando por la cámara de S. M. el rey, hicieron á nuestra escelsa soberana que ocupaba el trono, tres saludos á usanza de su país, y colocándose frente al trono, pronunció uno de ellos un discurso en árabe que repitió el señor ministro de Estado, traducido al castellano.

»Luego que hubo contestado S. M., pusieron en sus reales manos sus credenciales y la carta autógrafa de su emperador de que son portadores.

»S. M. la reina, bajando del trono, conversó unos momentos por medio de intérpretes con los Embajadores marroquíes.

»Estos fueron presentados despues á la real familia por el señor ministro de Estado y el introductor de embajadores.

»Los moros besaron las manos al príncipe de Asturias, saludaron, y se retiraron al salon anterior al de Embajadores, donde se hallaban los regalos.

»SS. MM. y toda la córte entraron despues en este salon para verlos. Consistian estos en tres grandes cajas que abiertas por el Benani, descubrieron ricos tapetes y almohadones de terciopelo bordados de oro, pantuflas y telas riquísimas.

»Cuando se retiró la embajada, S. M. pasó á ver desde la galería de palacio los cuatro caballos que se hallaban en el patio.

»Concluida la ceremonia volvieron por la misma carrera y en el mismo orden al palacio de Buena Vista.»

Despues de la recepcion de Palacio, estuvieron dos veces los marroquíes en casa del duque de Tetuan, la primera para hacerle la visita de etiqueta y la segunda para llevarle los regalos que le envía el emperador, y que consisten, segun otro cronista semi-oficial, en los objetos siguientes:

Un tapete de mesa.

Dos cogines.

Dos babuchas.

Dos jaiques.

Dos fajas de seda.

El número dos debe de hacer un gran papel entre los marroquíes. Dos hermanos del emperador se opusieron á nuestras tropas; nos aceptaron dos grandes batallas; nos pidieron dos veces la paz; nos han dado doscientos de millones; nos envían dos embajadores; han estado dos veces á ver al general O'Donnell, y le han regalado dos cogines, dos babuchas, dos jaiques y dos fajas.

Hace una semana que Mr. Herrmann está anunciando su última funcion y sacando mentiroso aquel dicho célebre de que detrás del último no viene ninguno. En las funciones de Mr. Herrmann no se verifica esto: despues de la última, viene la última definitivamente, y luego la última *sans retour* y luego la irrevocablemente última; y por fin... pero decimos mal, Mr. Herrmann es infinito.

Mientras Mr. Herrmann no acaba de concluir, la zarzuela ha dado principio á la temporada con una titulada *Los Piratas*, original de don Luis Rivera, sobre la cual ha formado la prensa juicios encontrados. Los unos han dicho que es una cosa superior, los otros la han calificado de pésima: unos aseguran que la primera noche fue silbada, otros que fue extraordinariamente aplaudida. Superior no es, pero tiene pasajes de efecto y atrae concurrencia y se repite, lo cual prueba que gusta al público. Hubo en efecto algun silbido la primera noche, pero fueron generales los aplausos. La ejecucion, mejor en las noches siguientes, ha hecho resaltar las bellezas y oscurecido los defectos.

El teatro de Oriente ha dado la lista de su compañía y empezará del 16 al 20 sus funciones.

En el Circo parece que se organiza otra compañía de zarzuela, que como es natural, tratará de competir con la de Jovellanos. Los aficionados á la ópera nacional van á tener donde escoger ¿Y en cuanto al arte dramático?

Hasta ahora nada hay definitivamente resuelto que sepamos.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

EL TELEGRAFO TRANSMUNDANO.

Bajo este título ha publicado el comisario de telégrafos de Austria, J. F. Schneeberger, un libro interesante del que extractamos aquí la parte mas esencial.

La creacion de un telégrafo transmundo tendria por objeto unir las líneas telegráficas aisladas que hay ya establecidas, ó que deben establecerse en diferentes países; de modo que cada estacion telegráfica pudiera comunicarse por medio de la electricidad con cualquiera de los puntos del globo. De este modo se crearia entre todos los países una relacion semejante á la que hay en el cuerpo humano, entre las arterias carótidas y las venas mas pequeñas. El mapa que acompaña este artículo, indica cómo ejecutaria el autor su pensamiento. El punto de reunion de las líneas telegráficas asiáticas con las europeas, seria Saratof en la Rusia; desde allí se dirigiria una línea á Tiflis y otra por Oremburgo ó Irkutsk á Kiakhta. Desde Kiakhta se encaminaria por un lado hácia Peking, y por el otro, por el país del Amur y la isla de Tarakay, al Japon y la América rusa; esta última línea se uniria á la red telegráfica de los Estados-Unidos, por medio de las líneas inglesas que hay á lo largo de la costa de Nuevo Hannover y de la Nueva Georgia, en el territorio del Oregon. Ademas desde el Japon continuaria hácia la China, las Indias orientales y las islas del mar Pacífico. Desde Formosa la corriente eléctrica se dirigiria por las Filipinas y las Molucas, á Victoria en la Australia. Otras ramificaciones de esta gran línea proyectada, serian desde Victoria á lo largo de las islas de la Sonda, hácia Singapur y Rangoun, y mas allá hácia Calcuta, para unirse á la red telegráfica de las Indias orientales, desde las orillas del Indo en la costa del Beluchistan, hácia el extremo septentrional de las posesiones del Iman de Maskate, y desde allí á Aden y Suez, hácia Alepo y Constantinopla; desde Trípoli al cabo de Buena-Esperanza, de Gibraltar á Ceuta, y de Sicilia á Túnez. La union de la Europa con la América; se ha proyectado ya por el camino mas conforme á la naturaleza, es decir, por la Siberia á la costa Noroeste de la América. Ademas estableciendo una línea en la costa occidental africana de las islas Bissagos, tal vez podria lograrse otra segunda línea de union con la América en direccion á las islas de San Pablo, San Fernando y Fernambuco, la que serviria de canal para todas las líneas de entrada ó de salida de la América del Sur. La union de las redes Sud-americanas con las del Norte podria tener efecto por dos caminos, por una direccion terrestre por la América central hácia Méjico, ó por un cable submarino, desde Caracas á las Antillas, y desde las islas de Bahama á la Florida.

Recomendaríamos á los lectores de la obra de Schneeberger que se fijaran bien en las claras é ingeniosas razones que da el autor respecto á la eleccion de ambas direcciones, y que notaran ademas el modo persuasivo con que prueba el error de los ensayos hechos en Inglaterra para establecer una línea directa por el mar Atlántico hácia la costa oriental de la América, porque esta línea formaria una gran curva. El autor prueba que los cables telegráficos actuales, á causa de la inmensa presión del agua, no deben emplearse mas que para profundidades moderadas que no excedan de tres mil piés, si es que ha de tenerse en cuenta la duracion de su servicio.

Siguiendo al autor en el exámen de la cuestion, acerca del coste del telégrafo proyectado por él, hallamos que calcula los gastos de establecimiento de una milla de estension del telégrafo submarino propuesto, en unos 100,000 reales próximamente, y los de una milla de las direcciones de tierra necesarias (con cinco alambres) en 30,000 rs. próximamente. Este telégrafo tendria por tierra la direccion siguiente: desde Saratof á Tiflis y Erzerum; de Saratof á Kiakhta, de Kiakhta á Nertchinsk y hasta el mar del Japon, en la isla de Tarakay, en las Kuriles, en Kamchatka, y las islas Aleutianas, en la América rusa, Nuevo Hannover, Nueva Georgia, Oregon, Nueva California, Méjico y la América central, en la América del Sur (partiendo desde Panamá á Nueva-Granada, Ecuador, Perú, Chile, La Plata, Uruguay, toda la costa del Brasil desde Maranhon por un lado hasta Venezuela y Cayena por el otro) en las Antillas, Cuba y la Florida, desde la Florida á Nueva York, y desde allí, en direccion diagonal por tierra firme hasta California; ademas desde Kiakhta á Peking, de allí hasta el mar Amarillo, en la isla de Formosa, en el Japon, en las Filipinas, en las Molucas, en las islas de la Sonda; de Rangoun á Hyderabad, al Indo, y por el Indostan; luego desde Ormuz á Bassora, Diarbekir y Erzerum, asi como á Constantinopla; desde Diarbekir á Alepo y Suez,

y por último desde Trípoli á Túnez, Argel y Orán, comprendiendo estensiones que en su totalidad forman nueve mil trescientas treinta y seis millas alemanas. Respecto á líneas submarinas eran necesarias las siguientes: entre el Amur y la isla de Tarakay, desde esta hasta las Kuriles, y luego entre estas últimas, asi como tambien para su union con la de Kamchatka, y de las Aleutianas para la América rusa; despues entre Tarakay y las islas del Japon; entre Quelport y Nangasaki, Corea y Peking, á Canton y á las Filipinas, de estas á las Molucas, de estas otra vez á las islas de la Sonda; de estas últimas á Victoria en la Australia; de las islas de la Sonda á Singapur, y de allí á Rangoun; despues de Karradschi en el Indo á Maskate y Ormuz; de Maskate á Aden y Suez, de Orán á Ceuta, de Túnez á Sicilia, de Ceuta á Gibraltar, de Ceuta á las islas Canarias; despues á lo largo de la costa occidental de Africa, hasta la ciudad del Cabo, y por último desde Caracas á las Antillas, y luego entre estas últimas, las islas de Bahama, y la península de la Florida; lo que forma una estension total de cuatro mil novecientas noventa y tres millas alemanas. El establecimiento de todas las líneas terrestres costaria segun el autor 280.080,000 rs. próximamente, y el de las submarinas 499.300,000 rs. próximamente; de modo que todo el telégrafo del mundo vendria á costar 779.380,000 reales próximamente. A esto agrega aun el autor el coste de dos mil cuatrocientas estaciones telegráficas, el de mil quinientas cincuenta y seis casas para la vigilancia de las líneas, y el de seis grandes transportes de vapor, que importarian la cantidad de 187.120,000 rs., con lo cual la suma total de los gastos de establecimiento ascenderia á 966.500,000 rs. próximamente.

El interés que pagaria esta suma al 5 por 100 anual, seria el de 48.325,000 rs. próximamente, y agregando á ella 200.045,600 rs. para los gastos de conservacion y administracion, como por ejemplo, el sueldo de trescientos directores, nueve mil seiscientos telegrafistas, dos mil cuatrocientos guardas de los alambres, y los gastos para reponer los alambres gastados, y para la reparacion de edificios y buques, importaria anualmente en su totalidad una suma de 248.370,600 rs. próximamente.

Ahora bien ¿qué resultados podrian dar las líneas que se establecieran y cuáles serian sus productos anuales? Supongamos que fuese introducido en todas las líneas el sistema de Morse y que todos los alambres estuviesen en movimiento veinte horas diarias; ademas, que pudieran transmitirse en una hora y un alambre (de los que el autor solo toma cuatro) trescientas palabras de testo cuando mas: en ese caso tenemos los resultados siguientes: en veinte horas pueden telegrafarse en un alambre seis mil palabras, lo que hace en los cuatro alambres veinte y cuatro mil palabras de testo, es decir, de correspondencia que pague. La longitud total de todos los alambres del telégrafo es de catorce mil trescientas veinte y nueve millas, alemanas. Para cubrir los gastos se necesitan 250.000,000 de rs. próximamente, segun dijimos antes, cuya suma dividida por el número total de las millas, da una cuota anual de 18,000 rs. y una diaria de 50 próximamente. La division de 50 rs. próximamente por veinte y cuatro mil (número de las palabras diarias de esto por milla), hace que correspondan á cada palabra únicamente 6 rs. y asi un despacho de veinte palabras enviado desde Saratof á Nueva-York, es decir, á una distancia de tres mil millas no costaria mas que 120 reales próximamente, lo cual seria verdaderamente un precio insignificante (1). Debe tambien aumentarse la tarifa por cada palabra y cada milla, porque no parece probable que todas las líneas se hallen en movimiento con todos sus alambres. Supongamos que la actividad efectiva de todas las líneas sea por término medio de diez horas diarias y aumentemos la tarifa primitiva de 6 rs., en ese caso por pequeño que sea el aumento, tendremos un producto anual de mas de 250.000,000 de rs., sin que la explotacion del telégrafo sea un monopolio de los grandes capitales. Segun tarifa, un despacho de veinte palabras desde Saratof á Nueva-York costaria 300 rs. próximamente, uno de Constantinopla á Canton 240 y uno de Gibraltar al cabo de Buena-Esperanza 170. Compárese esta tarifa con la que rige hoy en Europa en las líneas ya establecidas y véase que la propuesta aquí, es mucho mas favorable hasta en una distancia de mil doscientas millas.

El autor presenta despues diferentes mejoras para la administracion del telégrafo, mejoras que remediarian la desproporcion existente hoy que hace que los gastos de explotacion sean relativamente mayores en las distancias cortas que en las largas, y propone un congreso para discutir en él un tratado acerca del telégrafo cuyas bases espone, medio por el cual se aseguraria la paz del mundo, quedando libre de trastornos y de ambiciones particulares. Despues manifiesta lo que tardaria un despacho en llegar al punto de su destino. Por regla general, segun dice, no es necesario volver á telegrafiar mas que de seiscientos en seiscientos millas; ordinariamente se telegrafian diez despachos antes de haber concluido de confrontar y avisar el recibo de uno; para cada diez despachos se emplean en esta operacion tres cuartos de hora

(1) Hay que advertir que no siendo posible reducir la moneda alemana á la española sin formar números quebrados, hemos preferido emplear números redondos, aunque presenten alguna inexactitud aparente.

generalmente. En seiscientas millas alemanas hay que contar 43' de dilacion; así, por ejemplo, para un despacho de Saratof á Rio Janeiro se necesitan cuatro horas y media. Tambien seria posible enviar desde Londres dos despachos á Rio Janeiro y recibir la contestacion á ellos antes de veinte y cuatro horas. Este telégrafo correspondiera al fin propuesto, es decir, al aumento de velocidad y en muchos casos aventajaria á la mayor parte de las líneas telegráficas que existen hoy en Europa, las cuales por una economía mal comprendida apenas están provistas de los medios necesarios de explotacion para poder prestar siempre por completo el servicio exigido. «En todo caso,» dice el autor, «si llegara á realizarse nuestro proyecto de este telégrafo, mas pronto ó mas tarde se unirian á él todas las capitales mas importantes de Europa, haciendo insostenible todo el sistema actual de las líneas de telégrafos establecidas, de lo que resultaria un beneficio, tanto para los Estados á quienes perteneciese como para la correspondencia pública.»

Por último, la obra de Schneeberger espone como un dato curioso la inmensa cantidad de material que seria necesaria para el establecimiento y sosten del telégrafo proyectado en las catorce mil trescientas veinte y nueve millas. Para las nueve mil trescientas treinta y seis millas de tierra se necesitaria medio millon de quintales de alambre; diez millones de remates para los postes; dos millones de postes, diez millones de apoyos para los remates aislados, diez mil quintales de alambre para los enlaces y seiscientos quintales de estaño para soldar. Para las cuatro mil novecientas noventa y tres millas del telégrafo submarino se necesitarian treinta mil quintales de alambre de cobre, cien mil de cáñamo y trescientos mil de alambre de hierro para cubrirlo exteriormente. Por último se deberian tener veinte y nueve mil aparatos de escribir segun el sistema de Morse, veinte y cuatro mil baterias galvánicas, treinta mil teclados, treinta y seis mil brújulas y cien mil conductores.

El autor espera la critica creyendo causar con su libro una agitacion como la que ha causado Lesseps; nosotros lo creemos así, si se compara su plan con el de la perforacion del istmo de Suez. Este no presenta grandes probabilidades de éxito: el telégrafo transmundo por el contrario, se llevaria á cabo inmediatamente, si no hubiera el egoismo, la desunion y la envidia que hay, tanto en los particulares como en los Estados. Pero puesto que seria un gran beneficio para todos los pueblos civilizados y estos, á pesar de todas las disensiones, han avanzado extraordinariamente en los últimos años en sus relaciones comerciales bajo otros conceptos y se han unido para una accion comun, debemos esperar que mas pronto ó mas tarde hallarán unánimemente en este plan ó en otro semejante todo lo que tiene de útil.

PIO IX.

APUNTES BIOGRAFICOS.

I.

Corria el año de 1792. El 13 de mayo una antigua é ilustre familia de Sinigaglia, en Ancona, se alborozaba celebrando el aumento de ella.

Nacia Juan María Mastai Ferreti. Su hidalga cuna y su educacion caballerisca exaltada por los triunfos que á la sazón conseguia el Gran Capitán de nuestro siglo escitaron su entusiasta corazón apenas pisaba los floridos vergeles de la juventud, y en breve encontré al lado de aquel coloso, alistándose en su guardia de honor y siguiéndole en varias de sus expediciones.

Volvió á Roma, y en el año de 1812 pretendió entrar al servicio del papa Pio VII en clase de guardia noble; pero bien pronto su complexion delicada le hizo contraer una terrible enfermedad (1) que le arrojó en el lecho del dolor.

La oracion es el consuelo del sufrimiento: Mastai acudió á este inagotable tesoro del alma, y encontró la ventura en esa purísima hija de la fe que refresca nuestra existencia durante su penosa navegacion sobre los mares de la vida.

Roto el corto círculo en que habia girado su espíritu, se revolvió dentro de sí mismo y comprendió un mundo que solo hasta entonces habia sentido.

Este mundo era el mundo de la religion.

Guiado por ella, se obró en él un verdadero cambio.

Después de largos dias de meditacion y estudio inclinó prosternado su cabeza, y fue ungido con las sagradas órdenes.

El jóven ministro del Altísimo alzó su frente fortalecida por la gracia del Señor.

II.

Tata Giovanni era un anciano de rostro venerable y alma piadosa.

(1) La epilepsia.

Escogido por la sabia mano de Dios, vivia en Roma, siendo modelo de virtudes.

Era pobre, escesivamente pobre, y su oficio de albáñil apenas le proporcionaba los recursos suficientes para atender á las mas imprescindibles necesidades de la vida.

Sin embargo, Tata Giovanni, dotado de la mas ferviente caridad cristiana, á fuerza de privaciones y constancia, sostenido en su obra gigantesca por su fe inalterable en el bien, demostró su amor al prójimo, fundando un modesto hospital al que dió su nombre, que ya hacia años circulaba de boca en boca.

El objeto de su institucion fue mantener y educar religiosamente á todos los huérfanos y pobres que pudieran recogerse en ella.

Tal empresa no podia menos de tener partidarios y admiradores, y entre ellos estuvo Mastai Ferreti.

Bien pronto el primero de todos se unió á Tata Giovanni para ayudarle en la grandiosa empresa que acometió.

Mastai, jóven aun, consumió sus riquezas, su tiempo, su salud; todo cuanto poseia en aquella obra santa. Su aspecto dulce y agradable, embellecido por los destellos de la virtud que ejercitaba, y su bondad tranquilizadora, eran incentivos poderosos que autorizaban sus prudentes consejos. ¡Cuánto licor de bien dado á libar á labios enfermos, á espíritus inocentes!

¡Es tan sublime la mision del sacerdote cuando ofrece el sagrado pan á los labios necesitados del pecador; cuando tranquiliza la conciencia combatida por el huracan de las pasiones, ó lleva el consuelo al seno del moribundo que fluctua sin rumbo fijo entre la vida y la muerte!

III.

Los vientos bramadores balanceaban sobre la inmensidad de los mares la fragata *Eloisa*.

Era el año de 1823.

A bordo de aquel buque iban el reverendo padre Muzzi, nombrado vicario apostólico de Chile, Perú, Méjico y demás países que se habian emancipado á la sazón de su metrópoli España. Acompañábale en calidad de auditor ó teólogo Mastai Ferreti. Habia sido nombrado en 28 de marzo de 1823 canónigo supernumerario de Santa María *in lata*; pero prefirió á aquella vida sedentaria, los azares de una peligrosa mision.

El buque caminaba impelido por gigantescas y espumosas olas hácia Chile.

Habianse perdido ya en las últimas lontananzas las vagas formas de la pintoresca Génova, cuando una violenta tempestad le arrojó á las playas de Mallorca: pero en breve continua el jóven sacerdote su viaje á América, poniendo á prueba su espíritu religioso, piratas, negreros y nuevas tempestades, que le conducen al fin á las remotas costas chilenas.

Allí donde las tintas de la aurora reflejan en los Andes su rojo resplandor: allí donde árboles hojosos elevan gigantescos sus empinadas copas: allí donde la impetuosa corriente de los rios impregna el aire de salvajes armonías: allí donde se eleva majestuoso el sol y son mas abrasadores los rayos de su lumbré: allí donde todo es magnífica poesia; donde en todas partes se ostenta poderosa la sublime alteza de Dios, allí viórizóse el espíritu de Mastai Ferreti acariciando en su alma, los ardores del sol del Trópico, las semillas de caridad que en él depositaron las suaves brisas del cielo de Italia.

IV.

La azarosa vida de penalidades y sufrimientos porque habia pasado Mastai, necesitaba tomar providencialmente otro rumbo.

Y así aconteció.

Disidencias particulares entre las autoridades de Chile, decidieron su vuelta á Roma.

En ella fue nombrado prefecto del Hospicio de San Miguel, cargo que dejó bien pronto para tomar posesion del de presidente del mismo, y mas tarde Leon XII le envió de prelado á Spoleto que acababa de erigirse en arzobispado.

Mientras estuvo investido de esta dignidad, tuvo ocasion, merced á los acontecimientos políticos que á la sazón surgian, de ejercer ámpliamente la caridad que era la virtud característica de su vida, separando del destierro y aun del patíbulo muchas existencias.

Gregorio XVI lo trasladó á Imola; y siete años despues era proclamado cardenal, el 14 de enero de 1840 bajo el título de los santos Pedro y Marcelino.

El clero, la aristocracia, las clases pobres, todos en fin, recibieron este nombramiento con el mayor júbilo.

No podia menos de suceder así, cuando habia recaido la eleccion en un sacerdote que se habia hecho digno del amor del pueblo, lo mismos entre los pobres huérfanos de Tata Giovanni que en las misiones de la América Austral.

V.

Nueve veces la campana del Vaticano ha herido los aires con tañido fúnebre.

Las nubes impelidas por los vientos del Poniente se aglomeran como mortuorio crespon sobre la ciudad santa. Es el dia 1.º de junio de 1846.

Dos sentimientos brotan instantáneamente en la capi-

tal del mundo católico; triste y sombrío el uno, curioso é investigador el otro.

El primero va á confundirse en el artesonado de la basílica de San Pedro con los cánticos mortuorios entonados por el eterno descanso de Gregorio XVI. El segundo viene á posarse sobre las cúpulas del Palacio Quirinal.

Aquel es el doliente suspiro que despierta al padre de la Iglesia que fue. Este el ¡ay! de esperanza que aguarda al Pontífice que será.

Catorce dias mas tarde, uno de los secretarios escrutadores del cónclave, leia en alta voz el trigésimo-cuarto voto que era el llamado á decidir la eleccion.

El secretario escrutador era Mastai Ferreti.

El nombre contenido en el voto treinta y cuatro era el de Mastai Ferreti.

Su cabeza estaba llamada á soportar el peso de la tiara.

En medio del mas fervoroso entusiasmo, fue coronado Pio IX el dia 21 de junio.

Las frenéticas aclamaciones, el incesante volteo de las campanas todas de la ciudad santa, las violentas emociones de general alegría que la hacian conmovirse en sus cimientos, le daban un sello sublime y extraordinario.

La capital del mundo católico se embellecia con sus mas ricas galas.

Los pórticos y escalinatas que tantas veces habian recogido las altaneras palabras de los quirites, repelían entonces los entusiastas vítores del pueblo que entonaba frenético himnos en loor de Pio IX.

Italia contemplaba con entusiasmo la silla de San Pedro.

Roma gozaba con expansivo júbilo ante el rostro tranquilo, bondadoso y venerable de Pio IX.

En tanto, una mujer, una noble anciana cruzaba el Transtevere, fija la mirada en el cielo, arrasados en lágrimas sus ojos.

Acaso nadie comprendia estas lágrimas.

Tal vez ignorasen que esas predilectas hijas del corazón, encerraban todo un poema de encantadora y sublime ternura.

Bien pronto dos bendiciones se cruzaron á un tiempo. El pontífice bendijo á la mujer.

La mujer bendijo al pontífice.

Aquella anciana era la madre de Pio IX.

VI.

Desde esta época la existencia del Pontífice ha sido una continuada lucha.

Los acontecimientos políticos que se han sucedido en Europa, absorbiendo por completo la atencion del mundo, se hallan aun demasiado palpitantes para que pueda apreciarlos la fria razon, y están por su indole fuera de nuestro exámen en un periódico puramente científico.

Dios los ve.

La historia en su dia pronunciará su fallo.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

EL HOMBRE CORTO.

Nadie me negará que es corto quien no es largo: esto es tan sabido, como que el ser alborotador é intrigante es gran circunstancia para conquistarse una buena posicion; pero entiéndase que no hablo de la longitud ni pequenez material ó física. Y si algun Pedrito ha concebido esperanzas de que le ensalce, solo por ser como un Tom-Pouce ó como raton de bodega, se lleva el mas solemne chasco. Lo que yo he de pintar, bien ó mal, ó como Dios me dé á entender, es el hombre corto de genio.

A haber yo vivido tres ó cuatro siglos há, sin duda hubiera tenido materia para escribir un tomo en folio, porque (sépalo quien lo ignore) la *cortedad* se parece un poquito á lo que la gente llama vergüenza, y la vergüenza (que era verde) se la comió el siglo XIX; de manera, que quedó el siglo mas desvergonzado y largo que hubo jamás. Los *cortos de genio*, por consiguiente, son muy contados, y con estos me las voy á entender ahora mismo.

El hombre corto,
Nació, porque su padre
Trató de que naciera, con su madre;
Que si de *motu* propio dependiera,
Acaso no naciera.
Viene al mundo, comienzan sus dolores...
Los sonidos, la luz y los olores
Le hieren y maltratan los sentidos...
Pero yacen tupidos;
Pues, ¿y cómo, señores,
No llora, prisionero en tantas redes?...
Solo... por no llorar ¡pásmense ustedes!

Pero dejemos los primeros años, que son demasiado cortos, porque siempre son cortos el placer y la inocencia, y pongamos al muchacho en una universidad. Es aplicado, se aprende de cabo á rabo la correspondiente

conferencia, entra en la cátedra, preguntale el doctor y... ¡Adios trabajo de toda una noche! Se le confunden las ideas, empieza por donde debía dar fin, tartamudea, se le nubla la vista y no atisba á un compañero que le pone el libro delante, ni oye á otro que le ilumina al oído como un espíritu-santo, confesando por último el infeliz que ha tenido un cólico y no ha podido estudiar, cuando la verdad es que tiene la cabeza como un bombo de estar sobre el libro. Así pasa un día y otro día; su catedrático va formando el concepto de que es un holgazán de cuatro suelas, y no hay tales carneros, sino la pícaro corte-dad.

Ha de tener la mejor suerte posible, y pocas veces gana en el juego; y todo consiste, en que prefiere quedarse *in albis* á recordar á sus compañeros que no le han pagado tal ó cual jugada; así, él mismo se admira de que siempre le toque jugar con desmemoriados; en el concepto de estos, no es mas que un bobo, un *primo*.

Si le presentan en una tertulia, lo primerito que le sucede es ponerse colorado como la grana, tropieza en los ladrillos al saludar, á pique de romperse las narices, y no es raro que dé los buenos días por las buenas noches, ó que diga beso á usted la mano á una matrona como un granadero. Siéntase, y, como si le hubiesen clavado en la silla se está sin menearse, sin hablar palabra, avergonzado, con las piernas encogidas, corrido como una mona, con los brazos caídos ó bien jugando cándidamente con las puntas de la corbata ó los botones de la levita, ó ya fumando mas que un carretero para dar algun entretenimiento á sus dedos. Al ver su *cortedad*, cuchichean las muchachas, le llaman el santito por lo bajo, y alguna mas arriesgadilla, suele decirle, por hacerle rabiar, que ha oído que canta divinamente casi toda la *Lucia di Lamermoor* y *Los Huguenottes*; todo mentira, por supuesto. En estas y las otras vienen á sacar en conclusion, que toca la guitarra y sabe algunas canciones. Nuestro *corto* suda como un pavo escaldado, y se aviene á tomar el instrumento en sus manos, oídas las reiteradas súplicas y porfias de tan amable concurrencia. Despues de llevarse media hora apretando clavijas, suele tocar el wals de la reina *Amalia* ó la *marcha de Luis XVI*, todo malditamente. Las chicas se rien como si tocara una rondña; pero nuestro *corto* prosigue impertérrito, y concluyendo por cantar *la Filis*

ó *la Pastorcita*, todo muy antiguo, y en lo que él funda su orgullo, pues lo reserva para ocasiones de empeño; y cuando el pobre espera una buena cosecha de aplausos, se encuentra con un silencio irónico ó con un *muy bien*, pronunciado por alguna vieja sin dientes, que tuerce la boca al decirlo. Al salir de la tertulia le pregunta su amigo: —«¿Qué tal, te has divertido?—Si, mucho! ¡he corrido un bromazo espantoso! ¡Pues no han tenido valor para reirse en lo mas patético de la marcha de Luis XVI!»

Por supuesto, que siendo enamorado como el que mas, es el hombre de la desdicha, solo por no lanzarse á declarar su atrevido pensamiento. Si es buen mozo, y se apasiona de él una marquesa, puede hacer su fortuna, y la deja escapar. Ella (la marquesa), le persigue con los ojos,

calle, permite que entre un ejército á esconderse en un portal, donde él pudo meterse el primero, y no se metió por *cortedad*, por dejar que pasen todos los demás, á pique de que el toro, que no se detiene en cumplimientos, le saque las tripas y le haga rodar como una pelota.

El barbero le afeita con las peores y mas desolladoras navajas, pues sabe de positivo que el hombre *corto*, lejos de reñirle, si viene á pelo, le regalará otras nuevas para que rasure ajenas barbas.

La patrona le tiene tiritando de frio en el rigor del invierno; le pone la comida sosa ó salada como un perro; dura como corazon de cirujano ó blanda como viuda fea, el velon sin aceite ó sin torcida, y la cama de cuartel, porque nuestro *corto* no dirá por un Cristo esta boca es

le habla con escésiva claridad y dulzura, casi le brinda con su mano, le aviva, le pica, le desuella, ... él lo conoce, todo se vuelve planes y valor cuando está solo, mas en tratando de explicarse, le sube el colorcillo al rostro y la voz se le anuda en la garganta.

Tiene un amigo en excelente posición para darle un destino, y como no se lo lleven á casa, se queda á la luna de Valencia, por no visitar al amigo.

En los convites suele quedarse en ayunas, aun cuando tenga mas hambre que un estudiante que ha perdido la mensualidad al juego, pues le cuesta trabajo llevar la cuchara á la boca, y se le figura que todos los ojos se fijan en él, y que todos los convidados le cuentan los garbanzos que come. Quiere echárselas de obsequioso, y pone los manteles hechos una lástima, porque le tiemblan las manos y se aturde como un conejo. Por atender á todo, no se limpia la barba que le mancha la camisa; y si tiene junto á sí un chiquillo que le ensucia el pantalón con sus grasientos dedos, lo sufre como un mártir, á trueque de no ponerse colorado, riñéndole ó separándole de sí.

Por mas razones que tenga para anonadar á uno, siempre queda feo y desairado en cualquier asunto que se dispute, bien por serle muy árido el hablar, bien por contemplaciones que nadie tiene con él; y lo peor del caso es, que quien sale victorioso es un bestia ó un parlanchin ignorante porque la ignorancia es muy atrevida.

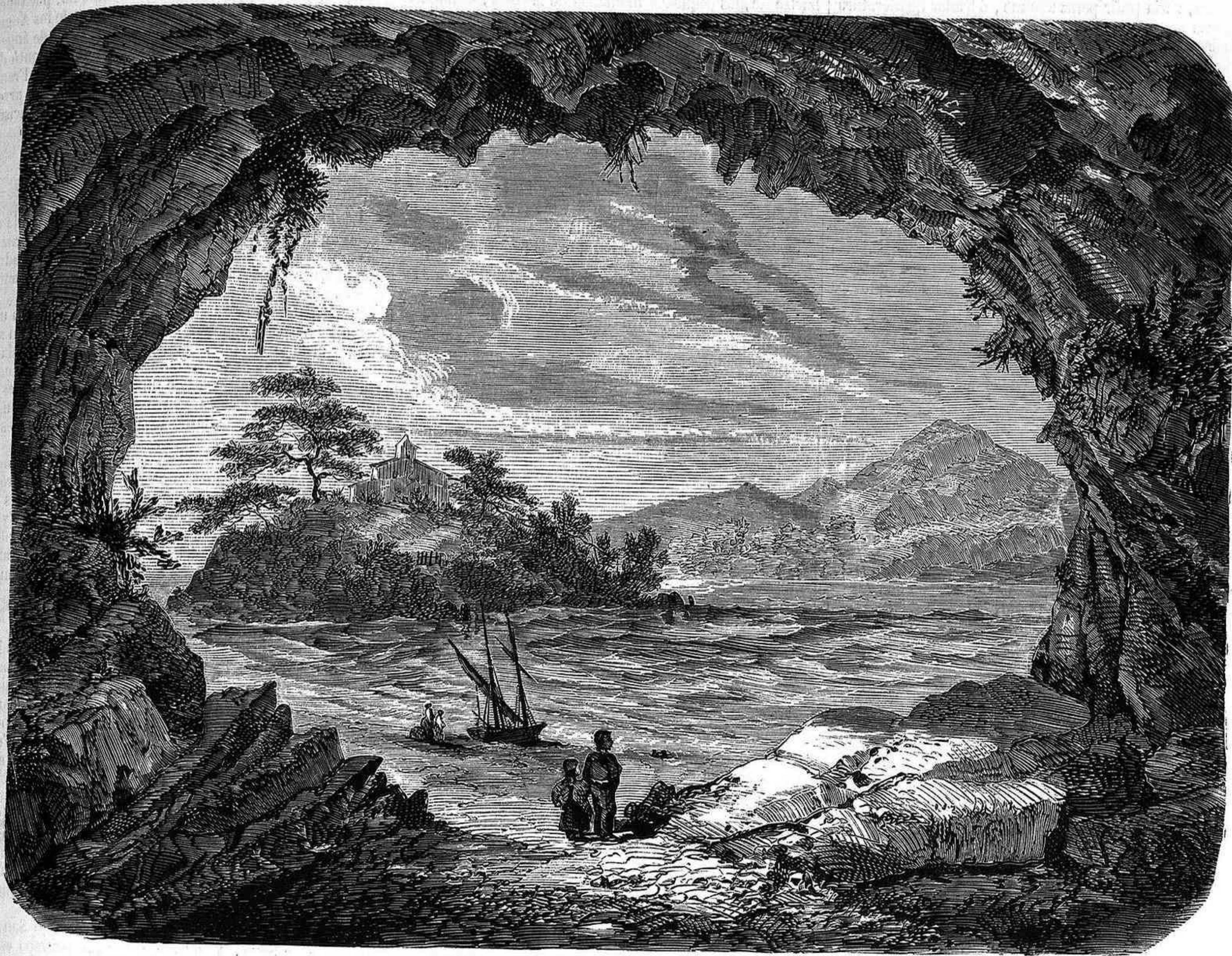
Y es tal la especie de abandono, pereza, ó *qué se yo*, que le domina, que si viene un toro corriendo por la



PIO IX.

mia;
habla
rencia
nece
el mu
que si
ignora

C
A
B
C
D
E
F
G
H
I
J
K
L
M
N
O
P
Q
R
S
T
U
V
W
X
Y
Z



NUESTRA SEÑORA DE LA MAR, EN VIZCAYA.

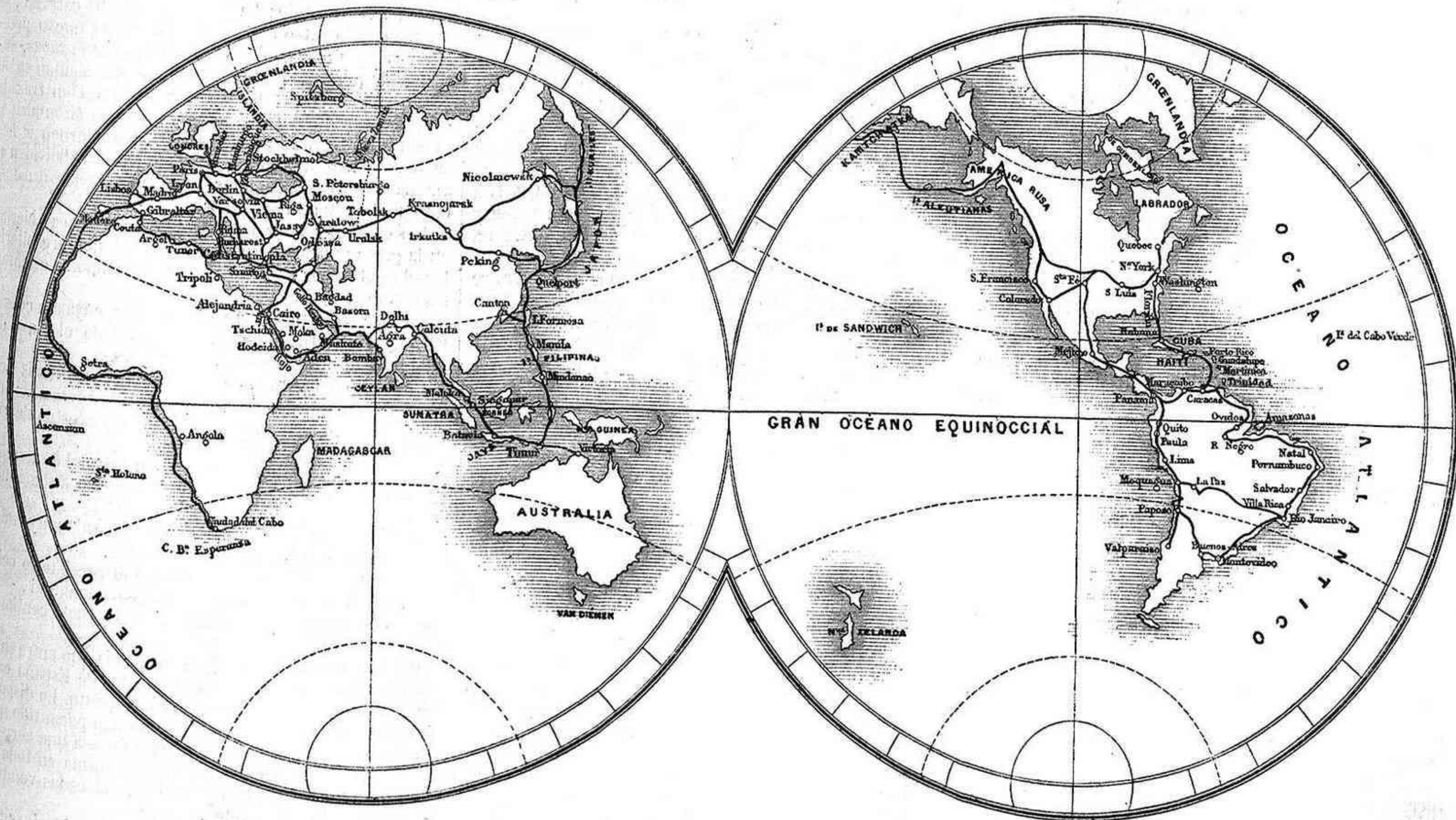
mia; bien que su boca es de todo el mundo, pues él no habla mas que lo que el mundo quiere que hable, á diferencia del hombre *largo* ó atrevido, cuya boca no pertenece á nadie mas que á él, y le importa un bledo que el mundo murmure ó deje de murmurar: pues sabe que si bien *el que mucho habla mucho yerra*, tampoco ignora que *el que calla pierde y el que no llora no*

mama. Asi, los charlatanes, y los licitadores, y los contratistas, son la gente que medra y ha medrado.

Aun cuando sea un pozo de ciencia, pasa infaliblemente por ignorante, porque nunca se decide á hablar mas que consigo mismo; se le figura que todos se rien de él, aunque le escuchen con la mayor atencion; al contrario de los pedantes, que viven persuadidos de que

nadie tiene otra cosa que hacer mas que aplaudirles, y traducen los silbidos por elogios.

El *corto* de genio es uno de los tipos que tiene mas semejanza con el *pobre hombre*; mas existe una diferencia muy notable entre los dos; y es, que al pobre hombre todas las acciones, palabras y pensamientos le son tan naturales, que el proceder, hablar ó discurrir de otra



TELÉGRAFO TRANSMUNDANO.

manera, sería pedir peras al olmo, ó hablar de literatura y bellas artes á un comerciante, ó de producciones originales á la empresas teatrales de esta corte. No le sucede así al *corto* de genio; pues todo cuanto hace, es justamente lo contrario de lo que quisiera hacer, y cede solo á una fuerza desconocida que le separa del camino que debiera seguir, á una especie de lazo que refrena sus naturales y espontáneas inspiraciones, á un resorte que tiene sujetas y tirantes las cuerdas de su corazón.

Aseméjase al cobarde, cuando le desafían, porque sufre las jactancias de un espadachín, en medio de una plaza pública, sobrándole alma para arrancar al otro la suya; y se contenta con ponerse colorado, signo característico que distingue á este tipo de los demás, menos de las doncellas ruborosas y bien educadas, que son fruta rica, es cierto, pero que va escaseando mas que los *cortos* de genio.

Es desgraciado en amores, si alguna rara vez, y á fuerza de tiempo, dice que ama. No hay cosa de que mas huyan las mujeres que de un *hombre corto*; las fastidia, las empalaga, y se entregan mejor al primer desdichado que llega, que no al *corto* de genio.

Nada de lances y aventuras nocturnas, ni de palizas y compromisos; nunca es él tan dichoso que merezca una puñalada por un suspiro; en punto á amores, su misión en este mundo, se reduce á llevar muchas y buenas calabazas.

No acomete por sí solo una empresa mercantil, y es menester que le ayuden media docena de *largos*, que manejen el teclado.

Es obsequioso, hasta la pesadez, con los amigos que van á visitarle á su casa, y se ve embarazado en la agena para dar un caramelo á un niño, lo propio que un actor que no sabe su papel.

Por lo general, los *cortos* de genio no son buenos ni malos; son lo que otros quieren que sean; se inclinan con preferencia á la honradez, cuando no hay un pícaro que les dirija. Entran buenamente en un movimiento popular, cuando les incitan á ello; y si no, se están en su casa matando moscas, sin cuidarse de si manda en Turquía Mehemet-Ali ó Cacaseno I.

El *hombre corto* pasea solo infinitas veces, por no esponerse al ruborcillo de saludar á un amigo; y si estrena una prenda, la mas insignificante, aunque sea un chaleco, va corriendo el infeliz y á paso redoblado, pues cree á pié juntillas que nadie piensa en otra cosa que en mirar su chaleco, como si su chaleco fuese robado; parece un poetilla tronado en un drama detestable.

El *hombre corto* es fumador, ó toma rapé para dar á sus inútiles brazos un aire marcial; pocas veces sale de casa sin baston, por la misma causa, y por la causa misma estropea unos guantes en cuatro dias, si son de color claro, pues no cesa de sobárselos y poner y quitar el botoncito. Si le faltan baston ó guantes, de seguro le verán ustedes (en verano) el sombrero en la mano derecha, con la izquierda atusándose el pelo, y cantando aunque sea el *Miserere* ó el *Mamburú*, si no sabe otra cosa que mas le distraiga del mundo; en todo esto se parece al *hombre soso*.

Y para que vean ustedes hasta dónde llega su genio, si pudiera no se moriría, solo... por no morir, por *cortedad*. En esto tiene muchos á quienes parecerse, en cuyo número y en primera línea, se encuentra un servidor de ustedes que es el *hombre* menos largo que ustedes pueden figurar, cuando se trata de echar un viaje á un mundo, del cual no ha nacido todavía un Colon que nos diga cómo es, y qué tal reciben por allá á los *cortos* y á los *largos*.

VERTURA RUZ AGUILERA.

NUESTRA SEÑORA DE LA MAR.

Bajo la poética advocación de la Virgen, existe en Vizcaya, y no lejos de la pintoresca villa de Portugalete, una ermita que lleva el nombre de *Nuestra Señora de la Mar*.

Sabido es que aquel pequeño señorío se distingue ya por sus valles llenos de vegetación, ya por sus altas montañas en donde el laborioso habitante de aquellas comarcas hace fértil las escarpadas lomas, ya por su costa, que el mar Cantábrico baña, con sus olas de continuo irritadas. Pero entre todos los paisajes admirablemente hermosos, entre todos los rincones ocultos en donde la mano mágica de la naturaleza hizo brotar los encantos, entre todos los paisajes cubiertos de poesía y de sorprendente belleza como en aquel país existen, ninguno por cierto como la pequeña isla en donde se levanta la ermita de que vamos á hablar.

Cualquiera al recorrer la costa cercana á la hermosa villa de Portugalete, tendrá ocasión de admirar las mil caprichosas ensenadas, las mil puntas aguzadas por el movimiento del mar, las mil rocas que como atrevidos gigantes parece que unas encima de otras pretenden escalar el cielo. Allí el mar rompe sus olas espumosas, allí se reuerce, entra en las pequeñas ensenadas, en las misteriosas grutas que forman las rocas, en las pequeñas pero blancas playas, en donde la arena conserva intactas todavía las huellas de la marea. Desde aquel sitio, el lejano

horizonte, las pequeñas montañas de la costa, el buque que cruza ligero el turbulento mar Cantábrico, la gaviota que levanta su vuelo, la miserable lancha del pescador que parece hecha para mecerse eternamente en el duro vaiven de las olas eternamente agitadas, todo llama la atención del que visita semejantes lugares, todo habla á su alma con el misterioso lenguaje de la poesía.

Hace poco tiempo que he tenido ocasión de visitar aquellos sitios en que el genio de la melancolía parece tener su asiento.

Mis escursiones á los alrededores de Portugalete, fueron largas y continuadas, y un dia me propuse visitar la pintoresca isla en donde se halla situada la ermita de Nuestra Señora de la Mar, tan querida para aquellos marineros.

Sabia de antemano que la fábrica de la ermita, no se recomendaba por ninguna belleza arquitectónica, que era una pequeña iglesia, cuyo campanario azotaban los vientos de las desatadas tormentas. Sabia ademas que ningun recuerdo histórico, á lo menos así me lo aseguraron en Portugalete, hacia célebre la isla en donde se elevaba aquel sencillo templo, y por lo mismo me decidí á visitarle solo.

Pero hacerlo de dia, cuando el sol iluminase espléndidamente olas y cumbres, rocas y arbustos, blancos arenales, y arboledas en donde gime el viento del mar, no me pareció digno del pintoresco paisaje que me habian descrito.

Efectivamente, una noche solo, y dejando á bordo de la lancha que me condujo hasta la isla los dos marineros que la tripulaban, subí la estrecha y áspera vereda que conduce á la cima de aquella isla, que seria mejor llamarla verde colina sobre las olas.

Pronto me hallé al pié de la ermita, el viento pasaba aprisa sobre el santuario y sobre la colina, agitando los árboles; su rumor, semejaba el aliento de las olas que se estrellaban á mis piés.

La luna bañaba la ría con su blanco rayo, las montañas vecinas se levantaban como pálidos espectros, la ribera dormía en silencio; en la isla como en la playa, como en los cercanos caseríos todo reposaba, era la hora del misterio, aquella en que los blancos fantasmas que el crédulo vizcaíno ve salir de todas partes en las horas de los maleficios, abandonan su vivienda de grutas, y van á la luz de la luna, á ejercer sobre los mortales descuidados sus malas artes.

Los mismos marineros que me acompañaron hasta la isla, no pudieron menos de santiguarse devotamente y pedir por mí en su idioma, que quiere ser el mas antiguo del mundo, á la Virgen de la Mar, á quien acuden siempre en todas sus tribulaciones.

Yo subí, yo me senté bajo el árbol sombrío que se levanta al lado de la ermita, y contemplé el paisaje que en aquella hora misteriosa, se presentaba á mi vista lleno de una blanca y suave claridad. La luna bañaba las olas con su dulce rayo, y ellas se estrellaban monótonas al pié de la isla, en cuya orilla los arbustos se mojaban en las aguas amargas. Explicar la grata emoción que sentí en aquellos momentos es imposible, y yo no sé qué frio fluido circulaba por mi cuerpo que se estremecía dolorosamente á cualquier ruido: el cántico mismo del marinero, que murmuraba sus palabras en un idioma incomprendible para mí, me hizo pensar en mi país, y crearme allí un verdadero extranjero.

En breves momentos recorrí la isla, en donde no hay mas que plantas silvestres, arbustos de duras ramas y árboles que levantan su ancha copa cubierta de hojas. La ermita, como me habian asegurado nada tenia de notable por la parte de afuera, y despues de grabar mi nombre en la puerta, despues de contemplar las vecinas montañas, la ría cuyas olas brillaban al rayo de la luna, las pequeñas embarcaciones que pasaban cerca de la isla como mudas fantasmas, volví á cruzar la áspera senda y llegando á donde me esperaban mis marineros, entré en la lancha y nos alejamos de aquellos lugares.

Y mientras la pequeña embarcación se deslizaba sobre las olas, aquellos pobres hombres endurecidos en toda clase de tormentas, me contaron cómo *Nuestra Señora de la Mar*, era dulce abogada de los que estaban próximos al naufragio. Una santa y verdadera invocación á esta Virgen, me dijeron, aplaca los vientos y disipa las tormentas.

Representa el cuadro á la Virgen Santísima, por tener esta iglesia la advocación de Nuestra Señora de los Angeles, y á Nuestro Señor Jesucristo acompañados de ángeles, sentados en un trono de nubes, en el momento de aparecerse en la iglesia de la Porciúncula á San Francisco de Asis, que puesto de rodillas, hace oración arrebatado en éxtasis. Pintó este lienzo don Francisco Bayeu.

PINTURAS DE LAS CAPILLAS.

Lado del Evangelio.

1.^a La imagen de la Purísima Concepción, elevada en trono de nubes, pisa la cabeza de la serpiente, y cruza ambas manos sobre el pecho, adora al Eterno Padre, que aparece en gloria en la parte superior del cuadro, que es obra de don Mariano Maella.

2.^a En el patio de una casa pobre, cubierto con una parrá y adornado con una palma, San José tiene en sus brazos el niño Jesús; á la izquierda la Virgen María acompañada de ángeles compone la ropa de la cuna. Un niño al lado derecho teje una guirnalda de flores, y otro presenta una cesta con frutas, y por último unos ángeles arrojan rosas desde lo alto. Esta pintura es de don Gregorio Ferro.

3.^a San Buenaventura vestido de cardenal y acompañado del preste, diáconos y otros asistentes, concurre en el templo de Padua á la traslación de las reliquias de San Antonio, cuyo sepulcro aparece descubierto, y un personaje, inclinado hácia él y con una hacha encendida en mano, está en actitud de contemplar las venerables reliquias. Fue autor de este cuadro don Antonio González Velazquez.

Lado de la Epistola.

1.^a San Francisco y Santo Domingo se saludan y abrazan al haliarse en las gradas del atrio de la iglesia de San Pedro de Roma; á la derecha de la composición halláanse un viejo, una mujer y un niño en ademán de pedir limosna; al lado de Santo Domingo hay un perro con una hacha encendida en la boca, y al de San Francisco un niño con una cruz, libro, calavera y un ramo de flores. En lontananza se ven algunos edificios de Roma, y en la parte superior completa y corona la composición una gloria con el Espíritu Santo rodeado de ángeles. Hizo esta pintura don José Castillo.

2.^a Sentada en un trono la Santísima Virgen tiene en sus brazos al niño Jesús, cuyos piés besa respetuosamente San Antonio de Padua, que aparece elevado sobre unas nubes. Cuadro de don Andrés Calleja.

3.^a Tiene en la mano izquierda un crucifijo San Bernardino de Sena, y puesto sobre un peñasco está en actitud de predicar al rey don Alfonso de Aragon y á otros señores, que forman un auditorio numeroso, manifestándose todos admirados y llenos de júbilo. Sobre la cabeza del Santo hay una estrella resplandeciente. Composición de don Francisco Goya.

Son muy notables las hermosas puertas que se ven á los lados del presbiterio por los ornatos de talla que las adornan y embellecen. Fueron ejecutadas cuando se levantó la iglesia.

Como parte principal de la restauración y dando á la iglesia de San Francisco el aspecto majestuoso de que por su fria desnudez hasta el presente ha carecido, se levanta en el centro de la capilla mayor el nuevo presbiterio al que dan subida en el centro siete gradas, decorándose por cada costado cinco fajas que sientan en un zócalo y están coronadas por una cornisa bien trazada sobre la que corren las balastradas que circundan el presbiterio. Sientan sobre las fajas que adornan el basamento cinco pilastras á cada lado que subdividen el antepecho cuyos balaustres engalanan varios ornatos, coronando el todo unas piñas.

Dos escaleras laterales de planta curvilínea abiertas en la parte opuesta al ingreso principal del presbiterio facilitan el mejor servicio del altar cuando se celebran los divinos oficios.

Elévase en el medio la mesa de altar, cuya ara consagrada por el cardenal arzobispo de Toledo el dia 8 de julio del presente año, cubre toda la mesa.

El frontal y la grada en que sienta la candelera tienen tableros adornados con bajo-relieves formados por querubines, espigas y racimos siguiendo el estilo del renacimiento.

Estos tableros están ejecutados en mármol estatuario, y el resto de la mesa de altar y presbiterio de mármol gris.

La ejecución de todas estas obras ha sido muy esmerada y no deja ciertamente que desear.

Tiene todo el cuerpo que forma el presbiterio ocho metros y treinta y seis centímetros de longitud, siete metros de longitud y un metro sesenta y siete centímetros de altura.

Decora el abside una bellísima sillería que entra en el número de las que en diversos puntos de España creó é hizo la encantadora edad del renacimiento. La disposición del local y su corto espacio no han permitido que coloque la sillería completa, pues falta la que corresponde al coro bajo y del cuerpo que forma en toda su extensión el coro alto han podido ser colocadas veinte y siete quedando aun veinte sobrantes.

Es de advertir que esta rica y magnífica sillería fue la-

MEMORIA HISTORICA Y DESCRIPTIVA

DEL CONVENTO

DE SAN FRANCISCO EL GRANDE DE MADRID.

VI.

Constituye el retablo mayor un cuadro de quince y medio piés de ancho y treinta y uno de alto con marco de madera, tallado y dorado en el centro, contramarcado de yeso pintado de color gris y un fronton triangular de igual materia por coronamiento, sobre el que descuella un pequeño grupo de dos ángeles niños con una guirnalda, ejecutado por don Manuel Adeva Pacheco. En la parte superior y en la inferior del marco hay festones dorados.

brada por los años de 1526 con destino al monasterio de gerónimos del Parral que aun subsiste aunque abandonado y yermo en Segovia, y que habiendo permanecido en el coro del mismo hasta el presente ha sido últimamente destinada para la iglesia de San Juan de los Reyes de Toledo, siendo interior por consiguiente su colocación en el templo de San Francisco.

Hizo esta hermosa obra el entallador Bartolomé Fernández, quien siguió la escuela de Berruguete. Es de nogal toda la sillería y mercede particular atención y esmerada. Son lindísimas y muy ricas y ligeras las columnas que sostienen el coronamiento y en cuyos detalles hay una prodigiosa variedad y esquisito gusto el que se halla asimismo en la crestería cimera del coronamiento, y son no menos estimables que las obras indicadas las imágenes sagradas hechas de bajo-relieve en los testeros de las sillas, siendo todas ellas notables por el carácter que las distingue y por los partidos de paños.

Una de las circunstancias que revelan y realzan el pensamiento que ha presidido en la restauración de la iglesia de San Francisco, es la importancia que en ella tiene el mobiliario sagrado. Mucho tiempo ha transcurrido; tanto por desgracia que no baja de dos siglos y medio, desde que la idea cristiana dejó de influir en la invención y composición de las obras destinadas al culto: idea sublime y fecunda que todavía se trasluce en las que fueron ejecutadas á fines del siglo XV y en la primera mitad del XVI y que dominaba exclusivamente y ejercía sin trabas su benéfico influjo en la edad media.

Por primera vez, después de tan largo período, se ha visto corresponder á su objeto el mobiliario sagrado, contribuyendo poderosamente á dar efecto majestuoso y devoto á la iglesia cristiana.

La soberbia y elegante araña que pende de la linterna y en la que principalmente campean doce grifos alados, notables por su carácter heráldico y buen dibujo, los seis candeleros y el Crucifijo del altar mayor, en los que así como en la araña se ven acertadamente combinados los grifos, el escudo de la Orden seráfica, el de Castilla y León, y el del reino de Jerusalén, no de San Juan de Jerusalén, como creen algunas personas, con festones y cabezas de serafines que corresponden á la primitiva ornamentación del templo y las diez y seis hermosas limparas, colocadas con mucho acierto y como haciendo recordar los templos de la Palestina; son obras todas ejecutadas en bronce, con sujeción á los dibujos que inventó el arquitecto director y que producen todo el efecto que debió proponerse como del examen de todas ellas se deduce.

No menos corresponde á su objeto el dosel dispuesto para colocar el Santísimo Sacramento descubierto, y que forma un bien proporcionado baldaguino portátil, decorado por cuatro ricas y graciosas columnas del renacimiento, cuyos enercolumnios guarnecen esquisitos paños de tisú de oro.

Lástima fue que los arquitectos Sabatini y Fernández no hubiesen determinado que la gran cúpula de la iglesia de San Francisco se pintase, pues hubiera producido la pintura mural un efecto grandioso, y no menos sensible que por mal entendidas economías no se haya realizado ahora aquel pensamiento según opinaban el arquitecto director y todas las personas inteligentes en nobles artes.

En el claustro mayor varios profesores pintaron la vida de San Francisco, y esta colección de cuadros, poco notable á la verdad, se halla al presente en el museo nacional.

Subsisten algunas pinturas y efigies de escultura en la sacristía y piezas inmediatas, y es entre las primeras notable la que representa las tentaciones de San Antonio abad, hecha por Gerónimo Bosch, y entre las segundas la imagen de Nuestra Señora de la Concepción que tenían colocada en el coro los religiosos y ahora está sobre la cajonería de la sacristía en un pequeño retablo. Fue ejecutada por don Isidro Carnicero.

Cerca de la capilla propia de la V. O. T. hay un huerto pequeño y profundo pero muy ameno y frondoso, en el que subsiste la ermita, que según hemos referido, fue construida en 1798, para perpetuar la memoria del sitio en que residió al llegar á Madrid San Francisco de Asís.

Este pequeño edificio tiene el frontis labrado de granito con una faja resaltada que la circunda formando marco, y está coronado por un frontispicio triangular también de granito, y debajo del cual, en una lápida de pizarra, se lee una inscripción que recuerda la feliz llegada de San Francisco de Asís á Madrid, y por cierto, la expresa con poca exactitud en la fecha.

Cubre el interior de la capilla, á la que da ingreso, un arco de medio punto, una cúpula elíptica adornada de triglifos en el anillo.

Una mina de poca luz rotea por su espalda y costados la capilla para preservarla de las filtraciones del terreno que está mas elevado que la fábrica.

En el extremo del pintoresco huerto y á distancia de unos veinte pasos de la capilla hay una fuente muy escasa de agua, bajo un arco de medio punto labrado de granito, al mismo tiempo que la ermita, y cerrado con una verja de hierro. El muro del fondo es también de piedra berroqueña, pero mucho mas antiguo que el arco y en él se fijó en 1768 una lápida de pizarra, no de mármol, como dice el *Memorial literario*, correspondiente

al mes de diciembre de 1784, é ingualmente consignamos por equivocación en uno de nuestros anteriores artículos, en el que ya espusimos las razones que hay para dudar que la fuente á que aludimos sea la misma que existía en el siglo XIII; pues según el testimonio del arzobispo Gonzaga, cronista de la orden seráfica y el no menos auténtico de los historiadores de Madrid, aquella fuente se extinguió en el siglo XVII.

Queda terminada con la descripción de esta ermita la memoria histórica descriptiva del templo de San Francisco el Grande de Madrid, y de cuyo presbiterio ha visto ya el lector una perspectiva dibujada y grabada con perfección.

JOSÉ MARÍA DE EGUREN.

EL SEPULCRO DE MOORE.

I.

La mañana del 16 de enero de 1840, apareció la Coruña circundada de espesas nieblas que no permitían distinguir los objetos mas cercanos.

El aire frío de un crudo día de invierno pasaba á grandes ráfagas por las calles de la población, y la niebla mojaba los vestidos de los transeuntes, bastante escasos todavía, por ser apenas la hora en que el día se desprende de su túnica de sombras y se levanta del seno del Oriente, vestido de claridad y de hermosura.

A esa hora, cuando apenas se habían abierto las puertas del jardín de San Carlos, una mujer como de unos cincuenta años de edad, alta, esbelta, y cuyo rostro de un color blanco mate, cuyos ojos azules y los gruesos y rubios rizos que acariciaban su frente, la delataban como hija de la raza anglo-sajona, atravesó solitaria y silenciosa las cortas alamedas del jardín.

La débil claridad del día, los árboles desnudos de follaje, las plantas marchitas é inclinadas sobre sus tallos cubiertos de humedad, el viento frío que azotaba aquellas ramas secas y agudas, prestaban al paisaje una tristeza imposible de describir.

Al poner el pié en la primera escalera, aquella mujer, levantó el velo de su sombrero que ocultaba á las miradas extrañas, un rostro á quien la triste melancolía prestaba el mas dulce de sus encantos.

Entonces se pudo ver una mujer hermosa aun después de su juventud, el tiempo apenas había hecho otra cosa que sustituir la belleza de la ancianidad á la de los quince años. Aquella flor no podía mostrar sus hojas vestidas con los primeros y vivos colores, pero guardaba todavía en su seno el perfume suave con que la naturaleza la había dado un encanto mas.

La raza del Norte conserva mucho mas tiempo que ninguna otra su hermosura: no se devora á sí misma como la del Mediodía.

Esa pureza de pensamientos, esa dulzura de impresiones, esos sentimientos suaves y cariñosos, que se toman en otras partes por falta de fogosos deseos, prestan á sus facciones en que la línea griega se conserva con toda su severidad, un misterio inesplicable, y arroja en torno suyo toda la dulce vaguedad de las creaciones de los poetas del Norte. En Grecia pudieron brotar al vivo rayo de sol que doraba las cumbres del Himeto, las Gracias y las Musas, pero solo bajo el cielo nebuloso, al pié de las rocas en que resonó la voz de Ossian, pudieron alzarse las Willis de entre las ondas de los lagos sombríos. Unas son la estatua, las otras las vírgenes, en unas la materia muda, inerte, en las otras la materia, pero animada por el mas apacible rayo del sentimiento.

Vestia ella, un traje de terciopelo negro, y una especie de capuchon de pieles reservaba su espalda de la humedad y del frío.

Ni una sola persona había en el jardín; el mar bramaba á los piés de aquellas murallas tan fuertemente combatidas, y su rumor y el del viento que gemía entre los árboles, llenaban aquel recinto de tristeza. Su aislamiento, aquel lienzo, desde cuyos balcones se veía medio oculta en la niebla, la negra y pesada mole del castillo, en cuyos cimientos saltaban las olas impetuosas, el silencio majestuoso é imponente, que parecía velar aquellos lugares como olvidadas ruinas, predisponían el ánimo á las mas tristes impresiones.

En medio del parterre, y resguardado por una pequeña verja de hierro, se levanta un sencillo monumento.

Los árboles inclinan sobre la tumba de un guerrero desgraciado sus ramas deshojadas y frias como las cenizas sobre las que parecen llorar. En torno las violetas, los pensamientos, las rosas, los jacintos de hojas azules, ocultos en sus gérmenes, aguardaban el sol de primavera para salir de su cárcel y perfumar aquel sepulcro, al pié del cual casi nunca murmuran los vivos la santa y compasiva oración que pide paz para los muertos desconocidos.

Los hombres le miran con mas indiferencia, tal vez mas impasibles, que el rudo pedazo de granito en cuyos brazos descansará, mientras el soplo de los siglos ó la mano de otros hombres mas indiferentes que nosotros, no destruyan para siempre aquel monumento, y esparzan sobre la tierra removida, las cenizas y el cenotafio.

Sin embargo, aquella mañana, un alma amiga, vino á derramar lágrimas, á murmurar plegarias, sobre la tumba olvidada.

Aquella mujer se arrodilló al pié del monumento, y besó la tierra húmeda y fría. ¿Quién era la que lloraba todavía, la muerte del guerrero? ¿Cómo el tiempo no había detenido las lágrimas en sus ojos, y helado en la garganta la piadosa plegaria?

¡Indescifrables son los misterios que cada corazón guarda entre sus pliegues!

Mucho debió amarle aquella mujer, porque sus sollozos, sus palabras, tenían cariño, tenían algo de esa irresistible insinuación con que la mujer arrastra al hombre que la ama á todas las locuras. Aquellas miradas fijas sobre el helado granito, parecían acariciar la sombra que evocaban sus labios, sus labios que murmuraban á cada instante con un acento de amorosa confianza...

—¡Juan! ¡Juan!

Y los sollozos embargaban su voz, y su cabeza caía tristemente sobre la verja, y sus manos se cruzaban en actitud de muda desesperación.

—¡Treinta años! murmuró.—¡Treinta años! ¡y te amo aun!... ¡Ah!—añadió—¡jamás he creído que el dolor dejase vivir tanto!...

Las neblanas iban disipándose, percibíanse al través de los cristales los buques mas cercanos á la bahía, y solo las elevadas cordilleras que forman el seno de la ría, se veían cubiertas de los vapores que alejándose cada vez mas de la ciudad, parecían recogerse en las cumbres, como ejércitos arrollados por el enemigo.

Un rayo de sol pálido, amarillento, frío, rompió el cielo encapotado y cayó sobre aquel olvidado sepulcro, bañándole de una triste y débil claridad.

Los árboles del jardín tomaron otro color al paso de aquel rayo.

Algunos pájaros le saludaron, como si se regocijaban con su venida, y lanzaron sus cantos que parecieron dar vida á aquella muerta naturaleza: hasta los patos del guarda, sacudieron sus alas y graznaron.

Todo, todo se alegraba al paso del tibio rayo, menos aquella mujer que levantándose arrojó su última mirada sobre el sepulcro (1) y echándose el velo sobre el rostro, salió de aquel triste recinto, después de coger algunas hojas de las plantas que crecían en torno de la verja.

—¡Adios! y sus labios murmuraron palabras incomprensibles, alejándose en seguida.

Durante algunos años todos los días 16 de enero, se le vio llegar á la misma hora, permanecer algun tiempo al pié del sepulcro, y alejarse sola, triste, como un alma entregada á melancólicos recuerdos.

Un año sucedió que la desconocida no llegó á la misma hora que tenía de costumbre: fue un año en que el 16 de enero vió el cielo alumbado por un hermoso sol, que vivificaba la muerta naturaleza. Pero cuando el astro del día, se ocultaba en las ondas, y llenaba el horizonte de las mil nubes caprichosas y de melancólicos colores del ocaso, entró en el jardín apoyada en el brazo de una doncella.

La palidez de su rostro, la lentitud con que avanzaba hacía el centro del jardín, aquella muerta mirada que parecía animarla de un vivo pero rápido fuego, indicaban que su alma trabajada por el dolor iba pronto á abandonar su cárcel de tierra.

Se acercó lentamente hacía el sepulcro, se arrodilló como de costumbre, besó la tierra regada con sus lágrimas, y se levantó y fué á sentarse cerca de un balcón por que los transeuntes movidos por una intempestiva curiosidad, se habían agolpado á su alrededor. Allí en aquel banco de granito teniendo en frente el mortuorio monumento, siempre acariciado por las desnudas ramas de los árboles que le guardan como otros tantos ángeles custodios, dejó vagar sus estraviadas miradas á lo largo del jardín, mientras las brisas y el rumor del mar le traían tal vez recuerdos queridos, despertaban antiguas y dulces memorias que la acariciaban amorosas.

El frío de la tarde se dejaba sentir con mas fuerza.

—¡Señora! dijo la que le acompañaba, es demasiado tarde... el frío puede haceros daño.

—Déjame, hija mía, ¿qué mas da un día que otro?

Momentos después abandonaba aquellos lugares.

—¡Adios por última vez! murmuró al alejarse, arrojando su última mirada sobre el sepulcro.

Y el guarda cerró tras ellas la verja de hierro que da entrada al jardín.

(1) En este sepulcro se guardan las cenizas del general inglés Sir John Moore, muerto en el choque que las tropas británicas sostuvieron con el general Soult el 16 de enero de 1809. Como no había en la sazón en la Coruña cementerio protestante, Moore fue enterrado en el baluarte de San Carlos, al E. de la ciudad, baluarte que en aquel tiempo no era otra cosa que un erial abandonado y peñascoso. Levantóse mas tarde el jardín, en cuyo centro se vé, circundado de una pequeña verja de hierro, el sepulcro que encierra las cenizas del desgraciado general. Este fúnebre monumento rodeado de flores, es de granito y de sencillísima forma, compuesto de una especie de cuadrilátero, con ángulos alomohadillados y encima una elegante urna de piedra blanca. En cada una de las esquinas hay un cañon clavado verticalmente hasta la mitad, y en las caras Norte y Sur del cenotafio hay dos targetones, en donde se lee la siguiente inscripción:

JOANNIS MOORE
EXERCITUS BRITANNICI DUX
PROELIO OCCISUS
A. D. 1809.

JEFES DEL EJÉRCITO DE GARIBALDI.



MARQUÉS DE TRECHI DE CRÉMONE.

CARINI.

BIXIO.

TÜRR.

II.

Napoleon acosaba de cerca al ejército inglés, quería alcanzarle y batirle, porque para él batir era vencer. Con el guerrero del siglo venía aun aquella fortuna que no le había abandonado desde las jornadas de Italia; el terror de sus enemigos era su mejor vanguardia, su audacia el mejor de los ejércitos. Ante él desaparecía como el humo cuanto intentaba oponerse á su paso, los reyes salían á recibirle como á soberano, los pueblos como á un vencedor. Y Napoleon seguía arrollando ejércitos, derribando tronos, santificando con la victoria todas sus ambiciosas iniquidades.

El suelo de España temblaba al paso de los escuadrones franceses: la sombra del héroe cobijaba las águilas victoriosas en Alemania; Napoleon atravesaba las escarpadas cordilleras del Guadarrama, como había pasado los Alpes á pié y entre la nieve; pero ¿qué importaba? ¿no había mas allá un ejército inglés que vencer?

—¡Derrotar á Moore es ganar España! se decía á sí mismo.

El vencedor de Wagram ignoraba que despues de la pérdida del ejército inglés, quedaba todavía un pueblo indómito, guerrero, independiente, á quien al revés de todos los demás pueblos, una derrota no hace mas que derrotarle, pero jamás vencerle.

Por eso Napoleon seguía al inglés, le perseguía, le molestaba como un poderoso aguijón, cada día mas cerca de aquel ejército que dejaba acuchillarse sin pensar en otra cosa que en la huida. Napoleon no se dignó siquiera seguirle mas que hasta la mitad del camino, cuando llegó á Astorga y vió que el inglés en su ciega retirada no hacía mas que abandonar sus bagajes y dejar en su poder multitud de prisioneros exclamó, al tiempo de dar órdenes al general Soult:

—Poco teneis que hacer generales, van vencidos ya: lo único que deseo es que no le deis descanso. Dicen que van á embarcarse en cualquiera de los puertos cercanos, es necesario que embarquen los menos posibles. Escarmentad á los piratas... lo demás es cosa de poco tiempo.

Y el soldado de fortuna, el dador de tronos, se retiró seguro de que la historia podía contar una victoria mas en su vida. El soldado no se engañaba.

Poco tuvo que hacer Soult, el rival de Ney y de Murat, el héroe cantado por lord Byron, jamás ejército alguno se entregó á mas lastimosa fuga y mas desconcierto que el inglés: parecía que fascinado por el brillo de las victorias de su enemigo, se había dado por vencido, cuando aun podía vencer. La sombra de Napoleon le espantaba.

Bagajes, artillería, prisioneros, todo lo dejaba en poder de los franceses; desde Villafranca aquello no era una retirada, era sí, una continua derrota; acuchillados, vencidos á cada instante, la caballería que debía proteger su marcha por caminos intransitables, abandonaba los caballos y los ginetes corrían en seguimiento de la vanguardia. Moore que comprendía toda la ignominia de tan desastrosa jornada, no esperaba otra salvación que los buques que debían conducirlos á su patria. ¡Y sin embargo aun podía vencer! El supersticioso terror de aquellos soldados y de aquellos jefes, ante los ejércitos de Napoleon, era quien los llevaba así de derrota en derrota, sin tregua, siempre huyendo, siempre oyendo á

su espalda el clarín del enemigo que daba la señal de ataque.

La alegría con que el ejército inglés descubrió la Coruña, dormida al choque de las olas que le rodean, solo fue comparable al desaliento que se apoderó al ver que la escuadra no había llegado al puerto.

El desaliento llegó entonces á su colmo, se creyeron perdidos y lo estaban en efecto.

Aun el soldado no había dormido el primer sueño al abrigo de la hospitalaria ciudad, cuando las tropas de Soult llegaron en pos suyo: no parecía sino que habían jurado no darles un momento de descanso.

Moore agoviado bajo el peso de su desgracia, apenas el sol asomó en Oriente anunciando un nuevo día, se hallaba ya sentado en una silla, en frente de una ventana que miraba al mar.

A su lado un jóven oficial de su estado mayor le miraba con tristeza, sin atreverse á interrumpir la amarga meditación en que se hallaba sumergido. El general levantó entonces la cabeza...

—¿Qué haces ahí, mi querida Fanny?

—No os ocupeis de mí, John, ocupaos de otra cosa, los franceses están á las puertas de la ciudad.

—¡Así lo esperaba! murmuró el general inclinando la cabeza sobre el pecho —¿Por qué te empeñaste en venir, pobre niña? Ya ves lo que es la guerra, una eterna zozobra, de la que no nos desprendemos jamás, una victoria para enorgullecernos, cien derrotas para abatir nuestro orgullo. —¿Dios mio, Fanny, que espantosa retirada!...

—¡Aun teneis tiempo de vencer!...

—¡Vencer!... repitió Moore con una dolorosa é increíble sonrisa. —Vamos, continuó, dejemos esto, ven tú á mi lado, tú el único ángel que me sostiene en este largo martirio de mi derrota, ven.

Y el jóven se acercó al guerrero y besó con un beso de amor, aquella frente caldeada por contrarios y turbulentos pensamientos.

Los ojos azules del oficial, á quien Moore daba un nombre de mujer, eran demasiado hermosos, estaban llenos de una dulzura que jamás se halla en el hombre; su boca pequeña la cerraban unos labios rosados y sin vello alguno, todas sus formas eran delicadas como las de una mujer.

—¡A lo que te espones por mí! dijo el inglés, ¿no temes que llegue un momento en que tengas que recibirme en tus brazos, herido, moribundo... y una nube sombría cubrió el rostro de Moore.

Fanny sonrió dulcemente, movió la cabeza haciendo una señal negativa, y los rizos de su rubia cabellera se soltaron cayendo como una hermosa inundación sobre sus espaldas, acariciando sus mejillas y su garganta. Entonces la cabeza del oficial, se pareció mucho mas que nunca á la de una mujer hermosísima. El general, respondía á estas caricias:—¡Fanny! ¡loca!... y la mano pequeña y rosada de la jóven no le permitió articular otra palabra.

En aquel momento gozó el caudillo la única hora feliz que pasó en la Coruña; Fanny, la hermosa niña que ocultaba bajo el traje de oficial le acompañaba, aquella cuyo amor había sido capaz de vencer la natural timidez de la mujer, y de lanzarla en medio de los horrores y de las privaciones de los campamentos, fue la que alegró como una ráfaga de dicha su corazón harto comprimido por la

desgracia. Fanny semejó entonces el rayo de sol que en un día nublado rompe un instante su cárcel de nubes, alegra la tierra, y torna á perderse entre los pesados pliegues de las nieblas.

Hope y Paget, entraron al poco tiempo.

—Sir, dijeron los generales dirigiéndose á Moore, las avanzadas francesas llegan cerca de las nuestras; Soult ha clavado sus tiendas á pocos pasos de nosotros; nuestra escuadra ha llegado, pero ¿creéis que los franceses nos dejarán embarcar?

—¡No lo creo!

—¿Qué hacemos Sir? añadieron, es necesario estar prontos á todo, al embarque, ó la pelea.

—¿Qué se dice en el ejército?

—¿Qué capitulemos!

—¿Y vosotros, qué pensais, caballeros? preguntó Moore á los oficiales que le rodeaban.

—Creemos que una capitulación que nos permita embarcarnos, será ventajosísima para el ejército. El soldado se halla fatigado, y en vano será lanzarle á la pelea; Dios puso la victoria del lado de nuestros enemigos, y cualquier tentativa no hará mas que aumentar nuestro conflicto.

—¿Queréis la capitulación! murmuró pensativo Moore.

—¡Queremos!

—Con vuestro permiso, señores, me permitiré deciros —interrumpió el jóven oficial á quien el general en jefe había llamado Fanny—que el ejército no puede querer otra cosa que lo que quiera su jefe... al menos no debe querer.

Baird y Traser, se miraron como sorprendidos; Moore les pidió entonces tiempo para reflexionar lo que convenia, y todos abandonaron la sala.

—¿Qué pensais hacer, señor, vais á capitular? dijo Fanny con viveza, tan pronto como el último oficial cerró tras sí la puerta — ¡estais loco!

—¡No sé mi querida niña, no sé qué pensar de esto! un vértigo se ha apoderado de mi alma, he perdido muchas veces la ocasion de pelear y conservar la honra aun despues de la derrota, pero hoy...

—¡Hoy debéis batiros, John! batiros, no por la Gran Bretaña; no por causa de nuestros aliados; no por el honor de vuestro ejército, sino por vuestro nombre. ¿No estais cansado de oír que os parecéis á una bestia de carga á quien un amo inclemente muele á palos? Mostradles que podeis ser amo tambien.

—¡Ah! ¡no! dices bien, Fanny—contestó Moore como hablando consigo mismo — ¡jamás capitularé!... la capitulación es la deshonra.

—¡Y ves no debéis deshonraros, mi buen amigo, yo os lo pido de rodillas! —y Fanny unió á la súplica la acción — ¡Soult, no es Napoleon!

—¡No capitularé! — estoy decidido — ¡lo escrito está escrito!...

(La conclusion en el próximo número.)

MANUEL MURGUIA.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GA. PAR Y ROIG,
EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.

NOM
tir envi
como h
pero lo
char y
de los b
inmedia
y nomb
ministro
lo había
dice qu
el rey e
sido just
Pero y
tiempo,
samente
cesos, e
Romanos
dias, al
en Napol
una nota
mándole
Lamorici
la guerra
naza se f
las Lega
cartes te